

Prólogo

Tres años después, fue muerto él [Constantino, rey de la Britania] a su vez por Conan y lo enterraron junto a Úter Pendragón, en el círculo de piedras erigido con maravilloso artificio no lejos de Salisbury.

GODOFREDO DE MONMOUTH,

Historia regum Britanniae

[Historia de los reyes de Britania]

El Círculo de los Gigantes apenas se distinguía, en tonos apagados de carbón, entre la lluvia y el aguanieve. Myrddion desmontó y vadeó a pie entre las hierbas moribundas, aplanadas por el fuerte viento que rugía sobre la gran llanura. No había visitado nunca el Círculo de los Gigantes, pero le habían hablado de aquellas grandes rocas que parecían dispuestas sobre el terreno por un niño colosal jugando a hacer construcciones con piedrecitas. Al ver la Piedra Talón, el sanador se llevó una cierta desilusión. El Círculo ocupaba una superficie extensa, y Myrddion no lograba concebir cómo habían podido izar las piedras que hacían de dinteles, pero sintió una punzada de decepción ante lo modesto de la escala.

Encorvado bajo la capucha forrada en piel de su capa de lana, Myrddion apoyó la frente en una columna de dolerita un poco más baja que un hombre adulto. Bajo sus sensibles dedos, la resbaladiza humedad de la roca se notaba tan fría como vibrante. Escuchando mediante el extraño sentido adicional que era la maldición de una rama de su familia, oyó un fuerte zumbido que resonaba desde el interior de los monolitos azules y tuvo que replantearse la mala opinión que se había formado sobre la majestuosidad del Círculo. En la extraña y arcana disposición de las piedras moraba algo antiguo y amenazador. Los orígenes del Círculo se habían perdido entre los vórtices del tiempo pero, según decía una leyenda de la zona, lo había construido en la antigüedad el Señor de la Luz, en cuyo honor

Myrddion había recibido su nombre.

—¿Has terminado, maestro? —Cadoc estaba de pie en la cima del extenso y envolvente talud, con la nariz brillante y roja por el frío viento y una postura alicaída que reflejaba su tristeza—. Este aire podría congelar las tetas de una bruja.

—No tienes alma, Cadoc —dijo Myrddion entre dientes, sabiendo que su aprendiz no lo oiría entre los aullidos del vendaval—. ¡Resguárdate del viento por ahora! —gritó—. ¡Vuelvo enseguida!

El aprendiz levantó un brazo envuelto en lana para indicar que lo había oído y descendió con esfuerzo al foso que rodeaba el Círculo. Todos los ademanes de su cuerpo de guerrero impasible reflejaban su disgusto con el clima. Cadoc era leal e indispensable en las tiendas de sanación, pero el curtido luchador odiaba el frío y temía la perspectiva de navegar hacia la tierra de los francos, cruzando el Litus Saxonicum. Seguiría a Myrddion allá donde él viajara, pero el sanador era muy consciente de que el ex guerrero, surcado de horribles cicatrices de quemaduras en la cara y el cuello, protestaría a cada paso del trayecto.

Myrddion suspiró. Sin embargo, pese a la invisible aunque evidente presencia de Cadoc esperando en los carromatos, emprendió la marcha hacia el centro mismo del Círculo. Una enorme piedra erguida tenía marcas de cincel, y Myrddion recorrió la forma del grabado con su mano desnuda.

—¡Un cuchillo! —susurró—. En nombre de Bran y de todos los dioses, ¿cómo puede haber el símbolo de un cuchillo tallado en estas piedras? Todo este lugar es un misterio.

Al estudiar con atención la resbaladiza y helada superficie de la piedra, Myrddion reparó en que el diseño del cuchillo era extranjero. Aquella daga no estaba forjada por ningún armero celta, y solo un artesano hábil y observador podría haber labrado sus detalles en la piedra. El sanador memorizó la forma del grabado, por si en alguna

ocasión se topaba con un arma parecida.

La luna blanquecina batallaba contra las densas nubes henchidas de aguanieve y Myrddion, casi sin darse cuenta, se vio atraído hacia el centro de la gran herradura de piedras, donde encontró un gran bloque de roca de la zona, bastamente labrado y tendido a modo de altar. Allí, en el corazón del Círculo, sintió que se acumulaban las señales tenebrosas, como si fuese capaz de apartar una cortina y observar a los constructores mientras trabajaban, generación tras generación, para dotar de vida al monumento. Pero ¿con qué propósito?

Constelaciones que giraban. Un amanecer que arrojaba largas columnas de luz y sombra sobre la hierba verde, mientras unas figuras desharrapadas entonaban cánticos al penetrante ritmo que marcaban varas de lanza endurecidas golpeando contra el suelo. No sentía la sangre, solo una luz que fluía en grandes y violentos torrentes hacia el interior de sus ojos y le quemaba las retinas. Una estrella titilaba por encima de las dos piedras centrales, coronadas por un enorme dintel. Con pensamientos huidizos, casi en trance, Myrddion comprendió que estaba a punto de perderse en uno de sus ataques, en aquella antigua y temida inconsciencia durante la que decía y hacía cosas que desafiaban a su mente racional y despierta. Con un esfuerzo avivado por toda la rabia oculta de un niño que ya casi era hombre, Myrddion se apartó de la estrella y del haz de luz y vio que las siluetas se difuminaban entre las ráfagas de lluvia, a medida que volvía en sí.

Tenía la mano derecha apoyada en el altar de piedra, que aún irradiaba el calor de unos amaneceres muertos hacía mucho tiempo. Myrddion retiró la mano y su conexión con el Círculo se hizo añicos como la piedra congelada bajo el martillo del cantero.

—¡Nunca! ¡Nunca más! No viviré temeroso del pasado ni del futuro
—vociferó—. No deseo saber.

Pero las rachas de viento y lluvia se llevaron sus palabras.

—Lo único que quiero, lo único que acepto, es encontrar a Flavio, dondequiera que esté. Si debo cruzar el mar Intermedio y llegar a las

cataratas que sostienen las columnas del mundo, allí es donde iré. Pero debo saber por qué mi padre jugó con mi vida antes de que naciera. Me enfrentaré a él y, si hace falta, si es lo que necesito para liberarme de él, lo mataré. Pero no utilizaré estos ataques para localizarlo.

«¡Valientes palabras! —se burló el yo interior de Myrddion—. Lo que queremos y lo que obtenemos rara vez coinciden.» El sanador alzó la mirada hacia la luna amortajada de nubes y se rió de su propia estupidez. «Nadie puede burlar a los dioses —pensó con tristeza—. Nunca nos liberarán de las maldiciones de nuestro nacimiento. Pero, aun así, ¡quiero saber!»

—Quiero saber —susurró, antes de girarse y cruzar el Círculo a la carrera, dejar atrás las doleritas y la Piedra Talón, llegar al montículo y ver los carromatos apiñados en torno a la hoguera improvisada que Cadoc trataba de mantener encendida.

Myrddion rió de nuevo y se apresuró en dirección a los carromatos, a sus amigos y a la sensación de tener un propósito que debía cumplir para lograr la paz interior. A sus espaldas, el Círculo esperaba como llevaba mil años haciendo. Ni siquiera un Medio Demonio podría perturbar su largo sueño, fustigado por el viento invernal. El Círculo dormía y soñaba hasta que volvieran a necesitarlo.

MAPA DE MYRDDION DE LA RUTA DESDE
SEGONTIUM HASTA DUBRIS

